

El poeta Leonard Cohen (1934-2016)

Pablo Espinosa

Su vocación fue la poesía. Todos sus versos los sembró en la tierra, en el mar, en las nubes, en las flores y en la epidermis y en el corazón de las mujeres, con una ambición sencilla: que florecieran eternamente.

Los versos que escribió cuando niño se quedaron enterrados en el olvido, en su memoria y en el jardín de su casa.

Tenía nueve años de edad cuando murió su padre y en ese momento le escribió un poema, que envolvió en una de las corbatas del difunto y enterró esos versos en ese jardín.

Siempre fue muy tímido. Decía que no era guapo. Y su tendencia a la depresión la combatió con la escritura.

Le gustaba, como a Mozart, como a Satie, el número mágico 3 y por eso repetía tres veces lo que le importaba: “Oh my Love, oh my Love, oh my Love”.

Así lo hizo en la pieza “Field Commander Cohen”, tan llena de autoironía, en recuerdo de su época de revolucionario de izquierda, de su estancia en Cuba y su acercamiento a Fidel Castro y al Che Guevara.

Así lo hizo en una de sus obras maestras: “Take This Waltz”, su gran homenaje a quien le ayudó a ubicar su voz; su voz poética.

“Take This Waltz”, una de las gemas que conforman su álbum magistral titulado *I'm Your Man*, es una adaptación del poema “Pequeño Vals Vienés”, de Federico García Lorca, autor del libro que cambió la vida del adolescente Leonard Cohen, a quien su instinto llevó un buen día hacia el estante de una tienda de libros donde eligió uno, que le parecía a él emitía un cierto fulgor entre los demás.

El libro refulgente ostentaba el siguiente título: *Diván del Tamarit*, ese poema-



rio donde a su vez García Lorca rinde homenaje a la gran poesía árabe y divide los poemas del libro bajo la clasificación de “gacelas”, los dedicados al amor y “casidas”, los de la muerte.

Eros y Tánatos. He ahí el gran tema del poeta Leonard Cohen. Esa unidad indisoluble que lo convirtió en inmortal a partir del 10 de noviembre de 2016, fecha en que dejó el cuerpo físico.

La dualidad Eros/Tánatos está presente, como un canto a la vida, en toda su obra: una pila de libros de su autoría que incluyen narrativa, poesía, prosa, canción y novela.

A dos de esos libros los consideró sus obras más importantes: *El libro de la dicha* y *El libro de los anhelos*.

Cuando recibió el Premio Príncipe de Asturias, el 21 de octubre de 2001, en Oviedo, España, comenzó su ajuste de cuentas final: “Hoy que soy un hombre mayor, me doy cuenta de que no he dicho gracias por todo lo que he recibido, así que hoy vengo aquí a agradecer a todos, porque cuando era adolescente y anhelaba una voz, Lorca me permitió una voz propia, dentro de los estrictos límites de la dignidad y la belleza”.

Su hija se llama Lorca, y también está ligada a la música y a la poesía, pues es

madre de Viva Katherine Wainwright Cohen, que concibió con Rufus Wainwright, quien a su vez elevó su celebridad luego de poner música a los sonetos de amor de William Shakespeare.

La poesía de García Lorca decidió la primera etapa de escritura de Leonard Cohen y habría de permanecer en su trayectoria entera conservando influencia, inspiración y modelo.

El impacto que recibió aquel adolescente en una librería de Quebec fue del siguiente tamaño:

¿Qué luna gris de las nueve
te desangró la mejilla?
¿Quién recoge tu semilla
de llamarada en la nieve?
¿Qué alfiler de cactus breve
asesina tu cristal?

Esos versos de García Lorca lo trastornaron, lo cimbraron, le ayudaron a confirmar que él, Leonard, también era un poeta, pues todos sus intentos anteriores tenían tal fulgor. Y como todo estilo comienza por la imitación, tomó la ruta más inteligente: hacer una adaptación de uno de los textos de su nuevo maestro, García Lorca.

De aquel libro cuyo fulgor lo atrajo en aquella librería donde lo adquirió cuando adolescente, Leonard Cohen cambió, años después, versos importantes del poema de García Lorca, *Pequeño Vals Vienés*, para construir una de sus obras maestras: “Take This Waltz”. “Oh, I want you, I want you, I want you”.

Es uno de esos versos, ya convertido al estilo Leonard Cohen, tomado del original de García Lorca, que dice así: “Porque te quiero, te quiero, amor mío”.

La triple repetición, en lugar de la doble original, ya es un sello de Leonard Cohen, que logra ya un dominio tónico, tácito, desde el inicio, porque le basta emitir dos veces para que parezcan tres, como en los versos finales del poema:

Oh mi amor oh mi amor
Mi boca en el rocío de tus muslos
Toma este vals
Es tuyo ahora. Es todo lo que hay

En contraste con el original de García Lorca, que dice así:

Dejaré mi boca entre tus piernas,
Mi alma en fotografías y azucenas,
Y en las ondas oscuras de tu andar
Quiero, amor mío, amor mío, dejar
Violín y sepulcro, las cintas del vals

Las diferencias entre el poema de su maestro —García Lorca— y el suyo establecen sus sellos de identidad desde el mero comienzo.

El impulso de su trayectoria como poeta, al mismo tiempo que la ignición de su carrera como músico, se muestran al inicio del poema:

Escribe García Lorca:

En Viena hay diez muchachas,
Un hombro donde solloza la muerte
Y un bosque de palomas disecadas.
Hay un fragmento de la mañana
En el museo de la escarcha.
Hay un salón con mil ventanas.
¡Ay, ay, ay, ay!
Toma este vals con la boca cerrada.
Este vals, este vals, este vals
[...]
te quiero, te quiero, te quiero

Escribe Leonard Cohen:

Ahora en Viena hay diez mujeres bellas
Hay un hombro donde la Muerte viene
[a llorar
Hay un salón con novecientas ventanas
Hay un árbol donde las palomas llegan
[para morir
Hay un trozo que fue separado de la
[mañana.
Y está colgado en la Galería del Hielo.

Ay, Ay, Ay, Ay
Toma este vals, toma este vals.
Toma este vals con la mordaza de sus
[mandíbulas
Oh te quiero, te quiero, te quiero.

Leonard Cohen vivió consagrado a la poesía, por eso fue capaz de convertir su muerte en un acto poético.

En los últimos meses de su existencia abrió de nuevo su libro de los anhelos.

Sin dejar de viajar, de ofrecer una cantidad asombrosa de conciertos en todo el mundo, a pesar de su edad y de su cuerpo enfermo, concibió durante esas giras un disco a manera de despedida.

You Want It Darker, ese disco póstumo, asemeja un grueso volumen en cuyas páginas está toda su existencia, sopesada en equilibrio: he ahí al potro salvaje y desbocado, junto al sabio sereno que se autorretrata así, en una de las canciones de ese disco: “the wretched beast is tame”.

Pero “la desdichada bestia” en realidad no ha sido sometida.

La poesía de esta despedida recuerda más que nunca a la de san Juan de la Cruz. Así es la poesía de Leonard Cohen, ese maestro del placer carnal que no tiene conflicto con el crecimiento espiritual. La carne y el espíritu, el placer, la sabiduría, la lujuria, la sed de conocimiento, la inteligencia.

El anhelo como suspiro y como gemido. El anhelo como llanto y como risa. “Now so long, Marianne, it’s time that

we began / to laugh and cry and cry and laugh about it all again”.

Suena, en *You Want It Darker*, un cuarteto de cuerdas vienés, ese sonido recurrente en toda la obra de Cohen, a manera de magdalena proustiana mojada en el té, suena el aroma de la suntuosa lujuria: “luché contra mis demonios, que eran muy clasemedieros”, se burla de sí mismo, como es su sana costumbre.

Guitarra acústica, un coro de sinagoga, guitarra acústica, aires flamencos y las voces femeninas, ese sello angelical de todos sus discos.

A mitad del disco, en la pieza “Traveling Light”, se refiere al amor de su vida: Marianne Ihlen. Suena una música griega y nombra a su amada: “my falling star” y enlaza con su propio viaje: “I’m traveling light / It’s au revoir”.

Leonard Cohen dio a conocer este disco cuando cumplió 82 años, el 21 de septiembre de 2016 y concedió una entrevista a *The New Yorker*, para anunciar: “estoy listo para morir”.

El disco comienza, en consecuencia, así: “Hineni, hineni / I’m ready, my Lord”. Hineni es una invocación bíblica, referida al profeta Abraham, cuando sube a una montaña y encara a Dios: heme aquí, sea tu voluntad.

Leonard Cohen, monje budista, combina en equilibrio su certeza de la permanencia, ese precepto budista, con su propio credo religioso de su infancia. Sus versos finales aluden nuevamente a la gran poesía religiosa (san Juan de la Cruz, sor



Leonard Cohen

Juana) que conjunta carne y alma: “I wish there was a treaty / I wish there was a treaty / Between your love and mine”.

Un acuerdo de amor entre tu amor y el mío, por igual el amor de las mujeres como el amor de la divinidad.

Marianne Ihlen, el amor de la vida de Leonard Cohen, participó en el acto poético de la siguiente manera:

Falleció, a los 81 años de edad, el 28 de julio de 2016, tres meses antes que Leonard. Al ser enterado de que agonizaba, le escribió una carta de amor, una enésima carta de amor, que ella escuchó, entendió, recibió en su corazón: “Bien, Marianne, estamos tan viejos que nuestros cuerpos se caen a pedazos. Ya sabes que siempre te he amado. Nuestros cuerpos se caen a pedazos; habrá un momento en que desaparezcan nuestros cuerpos; pero el amor no muere. Es indestructible. Sólo quiero desearte un buen viaje. Adiós, mi vieja amiga. Todo el amor. Te veré en el camino”.

En su lecho de muerte, Marianne Ihlen escuchó las palabras de su amado: “quiero que sepas que estoy tan cerca de ti que, si extiendes la mano, creo que puedes tocar la mía”.

Y en ese instante, Marianne Ihlen extendió su mano y tocó la mano de su amado. Y expiró.

Y Leonard Cohen le canta así, en su disco/acto poético, de despedida, de su propia despedida: “It’s au revoir / My once so bright / My fallen star”.

El experto Bob Boilen supo leer el mensaje. Escribió, el 21 de septiembre, el día del cumpleaños 82 de Leonard Cohen, el día del inicio de su despedida: “en los últimos 25 años he notado que en cada disco su voz se vuelve cada vez más profunda, más grave, más oscura [*deeper*, en el original], hasta que llegue el momento en que grabe un disco con un sonido tan subsónico, tan subterráneo, que apenas podamos escuchar su voz. Estamos cerca de eso”.

Y así ocurrió.

Su transfiguración, ocurrida la noche del jueves 10 de noviembre de 2016, confirmó su categoría de inmortal. Cerró el círculo de manera perfecta. Y abrió nuevos círculos.

Entre las muchas claves de su disco de despedida, están las referencias a uno de los

libros que escribió, uno de sus favoritos: *Book of Longing*, (*Libro del anhelo*), publicado exactamente diez años antes y donde leemos:

He trabajado en mi trabajo
He dormido en mi sueño
He muerto en mi muerte
Y ahora puedo marcharme

Amor, soy tuyo
Como siempre lo he sido
Necesidad en el Espíritu
Y necesidad en el Orificio

Ahora que mi misión
Ha concluido:
Rezo para que me perdonen
Por la vida que he llevado

El cuerpo que cacé
Me cazó a mí también
Mi anhelo es un lugar
Mi muerte es un velero

You Want It Darker coronó una trilogía final, que incluye los álbumes *Popular Problems* y *Old Ideas*, como la sumatoria,



Leonard Cohen y Marianne Ihlen en Hidra, 1960

el resumen, el *summum*, la culminación de una trayectoria límpida.

Pudo despedirse de la vida con serenidad porque, lo dijo con nitidez: cuando se rapó la cabeza, se puso una túnica, se ordenó monje budista y adoptó el nombre de Jikan, que significa Silencio, y se sentó a meditar, y gracias a la práctica de la meditación budista, lo dijo claramente, su angustia existencial desapareció.

Y fue un hombre feliz entonces.

En *Old Ideas*, como parte de su trilogía culminante, condensa en los siguientes versos su ambición estética:

Danza tu belleza con un violín en llamas
Hazme bailar a través del pánico
Hasta que recupere mi centro
Méceme como una rama de olivo
Y transmígrate en ave
Que vuelve a casa
Llévame bailando
Hasta donde el amor termine
Dance me
Dance me till the end of love

Y yo ahora, escuchando la música con la poesía de este caballero solitario, este hombre de mujeres, que no es lo mismo que mujeriego, este hombre que amó a las mujeres porque las entendió, como nadie. Este músico que entendió, como pocos, que la música es un misterio, yo entonces solamente quiero decir ahora, siguiendo la instrucción técnica de la partitura en italiano que significa recomencemos: *da capo*.

Su vocación fue la poesía.

Todos sus versos los sembró en la tierra, en el mar, en las nubes, en las flores y en la epidermis y en el corazón de las mujeres, con una ambición sencilla: que florecieran eternamente.

Y por eso escribió en uno de sus hermosos libros de poesía, *La caja de las especias de la tierra*:

Las flores que dejé en la tierra,
Que no recogí para ti,
Hoy las traigo,
Para que crezcan eternamente

Adiós, Jikan. Adiós, Silencio. Adiós, monje budista. Adiós hombre feliz y afortunado. Adiós amado Leonard Cohen. **U**